

casa, sin mayor trascendencia programática, como muestra, de hecho, de una situación de normalidad.

Llegados a este punto, cabe hacer un pequeño inciso para reflexionar sobre la dudosa persistencia de las literaturas nacionales, habida cuenta de que, como resulta obvio, el campo literario de la narrativa hispanoamericana no es un campo aislado, sino compartido, en la práctica, no sólo con el de la narrativa española, puesto que sus obras aparecen en las mismas editoriales, sujetas, por tanto, a limitaciones semejantes, sino que tiende cada vez más, con todas las ventajas y todos los inconvenientes, con todos los peligros, a una mayor globalización (ante, por ejemplo, la tentación de un mercado emergente en EEUU y los posibles conflictos lingüísticos que de ello se deriven, o no). Por otro lado, hay que pensar en toda la literatura hispanoamericana que se está escribiendo desde España: escritores más o menos consagrados, como Luis Sepúlveda, Abilio Estévez, Roberto Bolaño, Lázaro Covadlo, Rodrigo Fresán, Jorge Volpi, Andrés Neuman, Horacio Vázquez-Rial y Cristina Peri Rossi –algunos de ellos incluso con la nacionalidad española adquirida–, han elegido a España como país de residencia más o menos permanente. Hecho que lleva, finalmente, a la revisión de la cuestión de las identidades nacionales y culturales, tal y como lo han estado haciendo últimamente algunos escritores, tanto españoles como hispanoamericanos, como Roberto Bolaño¹¹ o Enrique Vila-Matas, que abogan por la aceptación de lo evidente e inevitable, por una literatura hispánica, múltiple, mestiza, heterogénea, proteica.

¹¹ R. Bolaño, «Discurso de Caracas (Venezuela)», *Lateral*, n. 59, noviembre de 1999, pp. 40-41.



Jorge Herralde. Fotografía de Jerry Bauer